con el Infante D. Cárlos en Oñate, y pasaron luego á tratar con Zumalacárregui, arreglando un convenio de canje de prisioneros, que llevaron en seguida á Valdés, quien no tuvo inconveniente en prestarle su aprobacion.

Tal suele ser la ferocidad de las pasiones políticas, que no faltaron gentes en uno y otro partido, que desaprobasen esta medida que tan imperiosamente estaban reclamando la humanidad y la civilizacion.

Poco tiempo despues sitió y tomó á Treviño Zumalacárregui, y con gran sorpresa de los militares más inteligentes, el general Valdés ordenó abandonar á Estella, que el general carlista se apresuró á ocupar. Una série de victorias y de torpezas de sus contrarios, dieron entonces á Zumalacárregui cierta superioridad, y le hicieron dueño de Villafranca, Vergara, Eibar, Durango, Ochandiano, y por último todo el valle del Baztan, que Valdés le abandonó con sobrada ligereza.

Entónces Zumalacárregui se envaneció y hasta llegó á figurarse que se apoderaria de Madrid. Pensó, pues, tomar á Vitoria, trasponer el Ebro y marchar sobre la capital aprovechando el desaliento de las tropas de la Reina. Pero los consejeros de D. Cárlos habian hecho creer á este príncipe ignorante y pusilánime que importaba mucho más la toma de Bilbao, que siendo una ciudad tan rica sacaria á su Erario de la penuria en que se hallaba, rasgo que da á conocer la moralidad y delicadeza de sentimientos de aquellos hombres y del príncipe á quien servian.

Zumalacárregui, á quien se indicó este plan, se resistió al pronto á ejecutarlo fundándose en que se perdia un tiempo precioso, y se esponia á perder tambien mucha gente. Recibió, sin embargo, órdenes tan apremiantes, que á pesar de su repugnancia y de que se le trastornaba el plan que tenía concebido, se adelantó á poner sitio á Bilbao, aunque desconfiando del éxito. En efecto, en Bilbao habia una guarnicion de 4.000 hombres, sin contar con la Milicia Urbana, y 40 piezas de artillería bien montadas. Viendo á los pocos dias de sitio el general carlista que sus baterias no podian acallar los fuegos de la plaza, determinó dar el asalto. El dia 14 de Junio se acometió tan temeraria empresa con una serenidad espantosa; pero los sitiadores fueron rechazados, dejando los fosos sembrados de cadáveres. El dia 15 cuando los fuegos de todas las baterias de sitiados y sitiadores estaban haciendo un fuego mortífero, viendo Zumalacárregui el destrozo que causaban en su campo las baterias enemigas, subió al palacio de Begoña, que dominaba la plaza, para reconocer las nuevas obras de los sitiados. Una bala de fusil atravesándole la pierna derecha le hizo caer herido, y aunque al pronto se creyó que podría curar, á los nueve dias espiró aquel caudillo valeroso, que habia alcanzado la triste gloria de propagar y dar un aspecto terrible á la guerra civil, que sin su aliento, su serenidad y su osadía, no hubiera sido más que una efímera y pasajera sublevacion que el Gobierno de Cristina habría sofocado en unos cuantos meses.

Con más frialdad que antes continuó el sitio de Bilbao bajo las órdenes de Eraso. Defendíanse los sitiadores con noble heroismo, dirijidos por el conde de Mirasol, y los carlistas no adelantaban mucho en sus resultados. Por último, gracias á las firmes manifestaciones de los generales isabelinos Latre y Espar-

(c) 2009 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación